

Accompaniment

From the street, you look up. You see the window illuminated, or the painting of the window, or the stained glass window of the window. You are not sure what you are seeing. You are on your way, to work, to home, to out, to in. It is cold out here, or it is warm, or blustery, or without shade and without relief. But you look up, and you are not sure, and so you wonder

A woman was in there, washing her hair in an old tin basin
She had washed the clothing by the light of the moon
And strung a clothesline across her room so they could hang and dry
The room was warm and she had a small lamp burning
There was the sound of the water dripping on the floor
And of her slippers, as she shuffled in and out humming
And sweeping. Her cat jumped from the bed to the bookshelf from
the shelf to the windowsill to the floor
Her window was open, perhaps to let in the moonlight
I'd heard that bathing by moonlight was sure to bring good fortune
And there were my wet clothes, the ones she had just washed, soaking it up
I was shivering. The wind was strong
It might take them a long time to dry, I thought
But I was afraid to knock and disturb her
And there was no door

I saw that she was getting ready to go to sleep
She walked over, and lowered the window just enough, enough so that
the breeze would not take anything as the clothing dried
There were two books on the table by her bed
As she stretched her body along the coverlet
She opened one and began to read
I noticed that she was reading the words I had just written in my mind
A woman was in there, she read

There is a great consolation at the thought of a small lamp burning in a small room while you are in your own room somewhere, in the dark, asleep. There is the thought that life is continuing on, and that human habitation is there, glowing, in the darkness of all that we do not understand. The universe is ambivalent. The universe we have created to counteract the ambivalent universe is also ambivalent—the machines, the stores, the tasks. All of it, all of it, two wheels churning.

The room that is created here gives us something else. It invites habitation. It is a home that is between moments of habitation, a moment into which we are invited, as a moment and as a place. There is the clothing we can put on. It has been worn. It has been washed. It is not yet dry. There is something to wait for. The fabric has on it the shadows of other habitations, of leaves and trees, of branches, although we are in a house. These are the places of our birthright or our right to a home.

As I look, I am pulled in by the colors. My eye is wishing to trace the lines that separate the colors and outline the tiles, the lines that tell me that this habitation is not one I can enter but is in fact a flat plane, a glass. I am aware that it is art.

But I am also aware that it is a space that has been created to capture something or someone. It is a space for someone to step into, or a space where someone has stepped in and who has stepped only for a moment away: she has been called, she has appeared, she will return. She has even washed our clothing for us. She is about to read in her book about us, or to read the book we have written about her.

I find a great comfort in the possibility of her presence. She is a comfort to me, as I stand on the platform, as I look up to see where I must go—I must follow the line, the line that leads to work, to the city, the grid of the map, the stitches of the tracks. The line that began with the clothesline, with the washing, the lines that separate colors from colors, the line that traces my outline, and allows me to imagine hers, her outlined shadow as she stands, wringing out the clothing, hanging it on the line, inhabiting with light her steady corner of a transient space and making it home.

These conditions which have filled my eye with radiance and shadow, with lines and traces of lines, have called her into existence, she has who has called out to our existence, through which we continue to exist.

Acompañamiento

Desde la calle, miras arriba. Ves la ventana, iluminada, o la pintura de la ventana, o la ventana de cristal pintado de la ventana. No estás seguro de lo que ves. Vas de camino, al trabajo, a casa, a dentro, a fuera. Hace frío ahí fuera, o hace calor, o amenaza tormenta, o no hay sombra alguna ni alivio. Pero miras arriba, y no estás seguro y por eso te preguntas

Una mujer estaba ahí, lavando su cabello en una vieja palangana de hojalata
Había lavado la ropa a la luz de la luna
Y tendido una cuerda en su habitación, para poderlas colgar y secar
La habitación estaba tibia y había una pequeña lámpara encendida
Se oía el sonido del agua goteando en el suelo
Y de sus zapatillas, mientras arrastraba los pies de un lado a otro tarareando
Y barriendo. Su gato saltó de la cama a la librería de
la estantería a la repisa de la ventana al suelo
Su ventana estaba abierta, tal vez para dejar entrar a la luz de la luna
Había oído que bañarse a la luz de la luna trae buena suerte
Y ahí estaba mi ropa mojada, la que acababa de lavar, empapándose de ella
Estaba temblando. El viento era fuerte
Puede que tarden tiempo en sacarse, pensé
Pero temía llamar a la puerta y molestarla
Y no había puerta alguna

Vi que se estaba preparando para ir a dormir
Se acercó y bajó la ventana lo suficiente, lo justo para que
la brisa no se llevara nada mientras se secaba la ropa
Había dos libros en la mesa, junto a su cama
Mientras extendía su cuerpo sobre la colcha
Abrió uno y empezó a leer
Me di cuenta de que estaba leyendo las palabras que acababa
de escribir en mi mente
Una mujer estaba ahí, leyó

Existe un gran consuelo en el pensamiento de una pequeña lámpara encendida en una pequeña habitación mientras estás en tu propia habitación en algún lugar, en la oscuridad, dormido. Existe el pensamiento de que la vida continúa y de que el habitar humano está ahí, brillando en la oscuridad de todo aquello que no podemos entender. El universo es ambivalente. El universo que hemos creado para contrarrestar el ambivalente universo también es ambivalente—las máquinas, las tiendas, la tareas. Todo ello, todo ello, dos ruedas girando.

La habitación que se ha creado aquí nos da algo más. Invita a habitar. Es un hogar que se encuentra entre momentos de habitación, un momento al que hemos sido invitados, como un momento y como un lugar. Existe la ropa que nos podemos poner. Ha sido usada. Ha sido lavada. No está seca todavía. Hay algo por lo que esperar. La tela lleva en sí la sombra de otras habitaciones, de hojas y de árboles, de ramas, aunque estamos en una casa. Esos son nuestros lugares por derecho de nacimiento o nuestro derecho a una casa.

Mientras miro me absorben los colores. Mi ojo quiere trazar las líneas que separan los colores y bordean las baldosas, las líneas que me dicen que esta habitación no es una en la que pueda entrar, sino que es plana, un cristal. Me doy cuenta de que es arte.

Pero también me doy cuenta de que es un espacio que ha sido creado para capturar algo o a alguien. Es un espacio en el que uno puede entrar, o un espacio en el que alguien ha entrado, hace sólo un momento: ella ha sido llamada, ha aparecido y volverá. Incluso nos ha lavado la ropa. Está a punto de leer en su libro sobre nosotros, o de leer el libro que hemos escrito sobre ella.

Me reconforta la posibilidad de su presencia. Me consuela mientras me encuentro en el andén, mientras miro a donde debo ir—debo seguir la línea, la línea que lleva al trabajo, a la ciudad, la cuadrícula del mapa, las puntadas de los raíles. La línea que empezó con el hilo de tender, con el lavado, las líneas que separan unos colores de otros colores, la línea que traza mi contorno y me permite imaginar el suyo, el contorno de su sombra mientras escurre la ropa y la cuelga del hilo, habitando con luz una estable esquina de un lugar de paso y convirtiéndolo en un hogar.

Estas son las condiciones que han ocupado mi mirada con luces y sombras, líneas y marcas de líneas le han dado existencia. A ella que ha invocado nuestra existencia y por la que continuamos existiendo.

Mary Di Lucia, 2013